D D Bold



Me llamo Nati

No me enorgullezco de lo que voy a contar, tampoco lo busqué, simplemente..., pasó.

Me llamo Julio, tengo 55 años y soy viudo. Como única descendencia, una hija de 32 años, Rosa, a la que agradezco el hecho de haber conocido a la que hoy en día, me ha devuelto la ilusión de vivir.

Los hechos que se narran a continuación, se remontan 3 años atrás.

Después de duros años de lucha contra una enfermedad degenerativa e incurable que se llevó a mi esposa de mi lado, caí en una profunda depresión. Ni amigos ni médicos, lograron sacarme de ella. Solo Rosa, mi hija, cansada de mi comportamiento, dio con la clave para liberarme del estado en que me encontraba.

Soy un hombre maduro, calvo, no muy atractivo y con las carnes flojas por la falta de cuidado. Todo esto, sumado a mi alarmante timidez con respecto al sexo opuesto, hizo que no tuviese ganas de salir de casa más que para ir al trabajo y a la compra de lo poco que necesitaba. Estuve más de un año en ese estado, sin ganas de nada, acudiendo a

psicólogos que me aconsejaban salir y divertirme. Socializar, dicho en una sola palabra.

Por más que insistían, no conseguía levantar cabeza, quedándome en casa encerrado sin querer saber nada del mundo exterior. Mi hija, se había independizado hacía cinco años, justo al terminar sus estudios universitarios, haciéndonos visitas más o menos regulares.

Desde la muerte de mi esposa, esas visitas se convirtieron casi en un tormento para mí. Verla me recordaba constantemente la pérdida de mi amor ya que físicamente, guardan un parecido extraordinario. Me dedicaba a llorar desconsolado mientras ella hacía las labores de la casa, y al marcharse, me regañaba instándome a salir en busca de otra mujer que llenase mi vida. Siempre desde el cariño y el respeto que le tiene una hija a su padre. Sus palabras no hacían más que entristecerme y sumirme más en mi depresión.

Estaba tan hundido, que llegué a pedir una excedencia de dos años en el trabajo a riesgo de perder mi empleo, siendo mi estado cada vez más lamentable. Esa fue la peor temporada. Ni siquiera salía a hacer la compra. Cuando tenía ham-

bre, llamaba a algún restaurante con servicio a domicilio, casi siempre de comida rápida, comprometiendo mi salud y estado físico.

Ni de bañarme tenía ganas. Iba por casa en ropa interior o desnudo. Mi rutina era levantarme de la cama y sentarme en el sofá, encender la televisión, y ver pasar las horas sin prestar atención a la programación.

Rosa, preocupada por mi estado, empezó a hacer visitas rutinarias. Entraba y salía a su antojo, y fue la encargada, durante esa época, de mantener la casa limpia y ordenada.

Fue en una de esas visitas, estando yo en el sofá sentado con la ropa interior de hacía una semana, cuando decidió tomar cartas en el asunto y acabar con mi depresión de una vez por todas.

Me llevó al baño, me desnudó, y me metió en la bañera. No sentí nada, ni vergüenza ni pudor, me limité a quedarme quieto mientras ella se ocupaba de mi aseo personal. Al terminar, me aplicó crema hidratante por todo el cuerpo, me vistió y terminó las labores de limpieza del resto de la casa.

Al marcharse, me besó con dulzura y se despidió de mí hasta su siguiente visita.

A partir de ese día, su dedicación fue casi absoluta. Me visitaba a diario después del trabajo, ocupándose de que todo estuviese en orden, y si necesitaba un baño, ella era la encargada. Afeitarme, cortarme el pelo, la uñas y vestirme adecuadamente, fueron su obsesión hasta que un día, al untarme la crema hidratante, noté como mi pene cobraba vida. Para mí, fue como si me estuviese recordando que continuaba en su sitio. No me invadió ningún sentimiento de culpa, pero ella, se ruborizó y abandonó su labor.

— Papá, esto no puede seguir así. Mamá no va a volver, y tú, has de rehacer tu vida.

— Lo sé, cariño, pero no tengo razones para seguir viviendo. Tu madre lo era todo para mí. Tú ya no me necesitas. No hace falta que vengas todos los días, ni siquiera es necesario que vengas; puedo cuidarme solo, aunque más me valdría que la muerte viniese a buscarme. Nada me queda que hacer en esta vida. Solo soy un estorbo.

— ¡No digas eso, papá! ¡Te necesito! —los ojos se le inundaron de lágrimas y se marchó apesadumbrada.

Durante dos día no apareció por casa. Pensé que por fin había aceptado que su padre no quería seguir viviendo y esperaba a la muerte de la forma más triste que existe. Al tercer día, apareció cargada de bolsas. Me hizo entrar al baño, desnudándome por completo, y como de costumbre, me metió en la bañera. Al terminar, me afeitó y me hizo pasar a la habitación. La obedecí. Caminé como alma en pena, completamente desnudo. Me hizo sentar en la cama y se marchó. Previamente, me había dicho que no me moviera de allí, y en el estado en que me encontraba, poco me costó seguir sus instrucciones.

A los pocos minutos, escuché la puerta de entrada; era Rosa. Trajo consigo un artilugio que había ido a buscar al coche. Lo soltó en el suelo y comenzó a manipularlo; era una camilla de masajes plegable.

Me hizo tumbarme en ella y sacó de las bolsas varios tipos de aceite para masajes. Con la camilla, había traído también una mesa auxiliar, colocó los botes en ella y volvió

a hurgar entre las bolsas. Cogió una de ellas y salió de la habitación.

Al cabo de unos minutos, volvió a entrar vestida de manera muy sugerente; medias negras sujetas por un liguero, tanga y corpiño. Toda su vestimenta, era muy sensual. La miré escandalizado.

— ¿Qué haces así vestida? —mi tono de voz era llano, sin muestras de ningún sentimiento.

— Nada, papá, no te asustes. Voy a darte un masaje.

— ¿Tienes que vestirte así para eso? ¿No te da vergüenza?

— No, papá, no me da vergüenza. Soy tu hija, no te estoy enseñando nada que no hayas visto ya. Relájate y déjame hacer.

No tuve ganas de discutir. A decir verdad, no tenía ganas de nada. La dejé a su aire. He de decir que mi hija no es una mujer cañón, ni mucho menos, es una mujer entradita en carnes, con la piel muy fina, casi perfecta. Es muy guapa, y no es pasión de padre. Los hombres siempre la han acosado, y yo, he tenido que sufrir en silencio preocupado por el daño que pudieran hacer a mi pequeña.

La he criado lo mejor que he sabido, haciendo todo lo que estaba en mi mano por complacerla. Reconozco que la he mimado en exceso. En su etapa adolescente, procuré ser más un amigo que un padre, y siempre que ha necesitado consejo, tanto en relaciones humanas como con sus primeros ligues, me ha tenido a su entera disposición.

Era una especie de pacto que tenía con mi difunta esposa. Ella se ocupaba de su educación, para hacer de ella una mujer de provecho, y yo, de sus relaciones personales e inquietudes. Creo que acertamos. Rosa es una mujer independiente, culta, inteligente y triunfadora. ¿Qué más puede pedir un padre de sus hijos?

Desde la posición en la que me encontraba en la camilla, boca abajo, tenía una perfecta visión de sus piernas, enfundadas en unas sugerentes medias, unidas a un no menos sugerente liguero, y a sus pies, calzados con un par de sensuales zapatitos de tacón.

Esparció una generosa cantidad de aceite por mi espalda y empezó a frotar con dulzura. Sus manos acariciaban suavemente mi piel. Me producía una sensación tan agradable,

que mi pene volvió a cobrar vida. Me sentí avergonzado, era mi hija la que me estaba tocando, la que me estaba excitando. Las lágrimas acudieron a mis ojos.

— ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

— Esto no está bien, Rosa, soy tu padre y estoy sintiendo cosas que hacía años que no sentía.

— ¿Te estás empalmando? —por respuesta, solo obtuvo un llanto desconsolado— No te preocupes, mi amor, Rosa se ha ido, me ha dejado a mí a tu cargo. Me llamo Nati.

Alcé la cabeza. Un halo de luz bañaba su silueta. Mechones de su larga cabellera ondulada caían por su cara. Sus ojos me miraban tiernos, enmarcados por sus bonitas gafas de diseño; en sus labios, una dulce sonrisa. La vi más guapa que nunca. No era mi hija, era una Diosa.

— Sí, cariño, me llamo Nati, y voy ha hacer de ti un hombre muy dichoso.

Volví a agachar la cabeza dispuesto a disfrutar del masaje. De la espalda pasó a los hombros. Volvió a la espalda y, lentamente, se fue acercando al culo, que una vez alcanzado, frotó y apretó las nalgas con energía. Me hizo abrir las pier-

nas para untarme el interior de los muslos. Aplicó aceite a las piernas y pies. Una vez terminó, me hizo dar la vuelta. Mi erección era más que notable.

Mentiría si dijese que tengo un gran miembro, es más bien pequeño, aunque nunca me ha supuesto un problema en mis relaciones sexuales; lo importante, en estos casos, es saber usarlo. Solo he tenido una pareja en toda mi vida, Clara, mi difunta esposa, y jamás he sentido atracción por otra mujer. Ella era mi mundo desde que iniciamos nuestra relación con 15 años, por lo que mi experiencia en este campo, se reduce a ella. Nunca tuvo queja.

Rosa, perdón, "Nati", continuó su masaje por el pecho, vientre y piernas con movimientos muy eróticos. Cuando pensé que había terminado, se quitó el corpiño, mostrándome sus apetecibles senos, grandes, pero bien proporcionados, como los de su madre, coronados por una gran areola y un pequeño pezón del tamaño de un guisante.

Se aplicó aceite en el torso, prestando especial atención a sus senos, que masajeó de manera sensual durante un buen

rato. Mi miembro expulsó una considerable cantidad de líquido pre seminal.

— ¿Te gusta esto, cariño? ¿Quieres que te de un masaje con mis tetitas?

Su voz era sensual, excitante. Oírla decir aquello, haciéndose pasar por otra persona, me estaba excitando a límites lujuriosos, pero en el fondo de mi corazón, sabía que era mi pequeña la que estaba detrás de todo.

Se acercó lentamente a la camilla, situándose en la cabeza, e inclinó su cuerpo con los brazos estirados, apoyando sus manos en mi vientre. Al hacerlo, sus senos quedaron aplastados contra mi cara.

Movió el torso en círculos. Sus pechos, masajeaban mi rostro a la par que sus manos, hacían lo propio en mi pecho. Se incorporó al cabo de unos minutos y caminó al lateral de la camilla, sin dejar que sus manos se separasen de mi cuerpo. Una vez situada, se inclinó hacia mí y agarró sus pechos. Guiados por sus manos, sus senos trazaron círculos hasta llegar a mi miembro, colocando este entre ellos, e inicio a una sensual cubana. Me sentí en el paraíso. Había ol-

vidado por completo quién me estaba llevando a ese lugar y me abandoné a mi condena.

Mi cuerpo se tensó, un ahogado gemido salió de mi garganta, estaba apunto de entrar en erupción, pero “Nati”, no estaba dispuesta a que aquello acabara tan pronto y cesó su movimiento.

Abrió mis piernas e inició un masaje en los testículos y perineo, dando pequeños y suaves golpecitos con sus dedos. Continuó avanzando suavemente hasta alcanzar mi ano, al que propinó una ligera caricia por su contorno con la yema del dedo, posicionándolo después en el centro, e introduciéndolo con delicadeza, una y otra vez. Su otra mano se aferraba a mi miembro, acariciándolo despacio de arriba abajo.

Con los labios aprisionó el glande, recorriendo su superficie con la lengua. Dejó de frotar el pene con la mano, y agachó su cabeza para engullirlo, iniciando una deliciosa mamada que me dejó fuera de juego. Terminé explotando en su interior. Un quejido, mezcla de dolor y placer, salió de mi garganta. Mi pene continuaba en el interior de su boca,

que trataba de tragar toda mi esencia sin dejar escapar ni una gota.

Me llevé las manos a la cara. No daba crédito a lo que acababa de suceder. Noté como “Nati” se apartaba ligeramente de mí, sin soltarme el miembro. Con una toallita me limpió los restos de semen que pudieran quedar, repitiendo la operación hasta asegurarse que todo estuviese bien limpio; una vez hecho, se retiró por completo.

En ese momento me sentí abandonado. Me incorporé. Sentado en la camilla, observé como “Nati” recogía todos los botes y bártulos diversos, guardándolos en sus respectivas bolsas.

— ¿Por qué lo has hecho? –pregunté compungido.

— Tengo mis motivos y no estas en condiciones de saberlos.

— No quiero que vuelvas a hacerlo, me siento sucio.

— Y yo no quiero tener que volver a hacerlo, pero si no me dejas otra opción, lo haré.

— No sé lo que quieres decir, yo solo quiero estar tranquilo, esperando que llegue el momento de reunirme con tu madre.

— ¡A eso me refiero! Has sido el mejor padre que pueda tener, y no estoy dispuesta a perderte. Bastante he sufrido con la pérdida de mamá, pero si insistes en convertirte en un ermitaño, tendré que usar métodos más drásticos.

— ¿Eso te enseñaron en la facultad?

— Sí. Me enseñaron que la mente está llena de misterios que, hoy por hoy, no podemos comprender, y que en psicología, a veces, hay que saltarse las reglas.

Rosa se había decantado por la sexología, estudiando en primer lugar psicología para seguir con una serie de masters que complementaron su formación. Sus métodos no seguían la doctrina establecida por los límites de la medicina, por eso eran tan controvertidos.

— Espero que no hagas esto con todos tus pacientes.

— Puedes estar tranquilo, es la primera vez que pongo en práctica los consejos que les doy. Si esto sale bien, tendré la oportunidad de escribir, si no un libro, sí un buen ar-

tículo para revistas especializadas. Con un poco de suerte, me haré un hueco entre los grandes.

Rosa recogió sus cosas y se marchó, me dejó solo, meditando sobre lo que había pasado y lo que la había llevado a hacer lo que hizo. Me di cuenta de que estaba siendo egoísta al querer reunirme con mi difunta esposa dejándola a ella totalmente sola. Mi vida dio un giro inesperado, no tengo claro si por su tratamiento o por no querer volver a repetir aquella situación.

Durante los días siguientes, Rosa continuó con sus visitas diarias para comprobar si mi actitud cambiaba. A las pocas semanas, con el ánimo completamente renovado, decidí inscribirme en un curso de masajes donde conocí a la que ahora comparte su vida conmigo.

Cada fin de semana, Rosa viene a comer a casa. Nunca hemos vuelto a hablar de lo sucedido ese día, y no creo que lo hagamos, ese será nuestro secreto.